

LA INFANCIA CON UNA ESQUINA ROTA

Mario Benedetti, el exilio, la memoria y las heridas invisibles del autoritarismo

Por Fabio A. Marulanda V.***

PARTE I

LA PRIMAVERA QUE NUNCA TERMINA

Hay libros que se leen.
Hay libros que se estudian.
Hay libros que se olvidan.
Y hay libros que permanecen agazapados en algún rincón de la conciencia colectiva, esperando pacientemente que la historia vuelva a tropezar con las mismas piedras para recuperar toda su vigencia.
Primavera con una esquina rota pertenece a esta última categoría.
No es solamente una novela uruguaya.
No es únicamente una denuncia contra una dictadura militar.
No es tan solo una narración sobre el exilio político.
Es una reflexión profunda sobre la fragilidad de la condición humana cuando el poder deja de reconocer límites morales.
Mario Benedetti escribió esta obra durante su propio exilio. No lo hizo desde la comodidad del observador distante. La escribió desde la herida. Desde la experiencia personal de quien conoció el desarraigo, la nostalgia y la incertidumbre. Quizá por eso sus palabras no poseen la frialdad de los tratados políticos ni la rigidez de los documentos históricos. Poseen algo más poderoso.
Poseen humanidad.
La novela fue publicada en 1982, cuando la dictadura uruguaya aún no había terminado. El país vivía uno de los períodos más oscuros de su historia contemporánea. Desde el golpe de Estado de 1973, miles de uruguayos

habían sido perseguidos, encarcelados, torturados o expulsados de su propia tierra. Las estadísticas intentan resumir aquella tragedia.

Los historiadores enumeran fechas.

Los sociólogos contabilizan víctimas.

Los gobiernos redactan informes.

Pero la literatura hace algo distinto.

La literatura devuelve los nombres.

Devuelve los rostros.

Devuelve las lágrimas.

Devuelve aquello que los números jamás podrán explicar.

Benedetti comprendió que toda dictadura produce dos tipos de víctimas.

Las visibles.

Y las invisibles.

Las visibles aparecen en los expedientes judiciales, en los informes de derechos humanos, en las noticias internacionales.

Las invisibles permanecen ocultas en las casas.

En los silencios.

En las ausencias.

En los recuerdos.

Son las madres que esperan.

Los abuelos que envejecen.

Los amigos que desaparecen.

Los hijos que preguntan.

Los niños que intentan comprender por qué el mundo que conocían ha comenzado a derrumbarse.

Y es precisamente allí donde esta novela adquiere una dimensión extraordinaria.

Porque Benedetti decide mirar donde casi nadie estaba mirando.

Decide observar la tragedia desde abajo.

Desde la altura de una niña.

Desde la inocencia de quien aún no entiende completamente las razones de la violencia, pero sí experimenta sus consecuencias.

En un continente acostumbrado a narrar las gestas de militares, revolucionarios, presidentes y caudillos, Benedetti desplaza el foco hacia quienes casi nunca aparecen en el centro del relato histórico.

Los niños.
Y al hacerlo transforma una novela política en una reflexión universal sobre la pérdida.
La gran pregunta que atraviesa toda la obra no es quién tiene razón políticamente.
La pregunta es otra.
¿Qué ocurre con los seres humanos cuando la política invade todos los rincones de la existencia?
¿Qué ocurre cuando el Estado entra en la casa?
¿Qué ocurre cuando la prisión se convierte en una experiencia familiar?
¿Qué ocurre cuando la patria deja de ser un lugar y se convierte en una ausencia?
Estas preguntas siguen siendo actuales porque la historia latinoamericana nunca ha logrado desprenderse completamente de sus fantasmas.
Cambian los nombres.
Cambian los uniformes.
Cambian las consignas.
Cambian los discursos.
Pero la tentación de concentrar poder, de dividir a la sociedad entre amigos y enemigos, de sustituir el diálogo por la obediencia, aparece una y otra vez como una sombra persistente.
Por eso Benedetti sigue hablándonos.
Porque comprendió algo fundamental:
Las democracias no mueren solamente cuando aparecen los tanques.
Las democracias comienzan a deteriorarse mucho antes.
Mueren lentamente cuando la sociedad pierde la capacidad de recordar.
Mueren cuando el miedo se vuelve costumbre.
Mueren cuando las personas dejan de interesarse por el sufrimiento ajeno.
Mueren cuando la indiferencia ocupa el lugar de la solidaridad.
La memoria, por el contrario, es una forma de resistencia.
Recordar es resistir.

Recordar es impedir que la tragedia vuelva a presentarse disfrazada de novedad.
Recordar es negarse a aceptar que el sufrimiento de millones de personas fue simplemente un accidente histórico.
En América Latina la memoria siempre ha sido un campo de batalla.
No solo se disputa el pasado.
Se disputa también el futuro.
Porque quien controla la memoria termina influyendo sobre la manera en que las nuevas generaciones interpretan el mundo.
De ahí la importancia de novelas como esta.
Benedetti no escribió únicamente para sus contemporáneos.
Escribió para quienes vendrían después.
Para quienes algún día podrían olvidar.
Para quienes tal vez escucharían nuevamente discursos prometiendo soluciones fáciles a problemas complejos.
Para quienes podrían llegar a creer que la libertad es un lujo prescindible.
Y la historia demuestra que cada vez que una sociedad empieza a pensar de esa manera, los peligros no tardan en aparecer.

LOS HIJOS INVISIBLES DE LAS DICTADURAS

Cuando se habla de dictaduras, generalmente aparecen las mismas imágenes.
Centros de detención.
Censura.
Torturas.
Persecuciones.
Golpes de Estado.
Desapariciones.
Todas ellas son reales.
Todas ellas son necesarias para comprender la magnitud de aquellos regímenes.
Sin embargo, existe otra dimensión menos visible.
Una dimensión silenciosa.
Una dimensión que rara vez ocupa las primeras páginas de los libros de historia.

La infancia.
Las dictaduras no encarcelan únicamente opositores.
También encarcelan infancias.
No mediante barrotes visibles.
Sino mediante el miedo.
La incertidumbre.
La ausencia.
La ruptura de los vínculos afectivos.
La destrucción de la cotidianidad.
Beatriz encarna precisamente esa tragedia.
Su presencia atraviesa toda la novela como una luz tenue en medio de la oscuridad.
Ella no comprende completamente las complejidades ideológicas del conflicto.
No sabe de doctrinas de seguridad nacional.
No entiende de conspiraciones militares.
No conoce los debates entre izquierda y derecha.
Pero comprende algo mucho más importante.
Comprende que su padre no está.
Comprende que vive lejos de su país.
Comprende que algo esencial ha sido arrancado de su vida.
Y ese conocimiento resulta devastador.
La grandeza literaria de Benedetti consiste en permitir que la inocencia revele aquello que los discursos políticos intentan ocultar.
Porque los niños poseen una forma extraordinaria de desnudar la verdad.
Mientras los adultos racionalizan.
Los niños preguntan.
Mientras los adultos justifican.
Los niños sienten.
Mientras los adultos construyen argumentos.
Los niños experimentan consecuencias.
Por eso cada intervención de Beatriz funciona como un recordatorio moral.
Cada una de sus preguntas se convierte en una acusación silenciosa contra la violencia política.
«Yo digo que es una lástima que entre millones de gentes que hay en este país no esté por ejemplo mi papá».
La frase parece sencilla.

Sin embargo, contiene una profundidad filosófica extraordinaria.
Desde la perspectiva de la niña no existe ninguna justificación capaz de explicar la ausencia de su padre.
No existe ideología suficiente.
No existe razón de Estado suficiente.
No existe doctrina de seguridad suficiente.
La ausencia sigue siendo ausencia.
El dolor sigue siendo dolor.
La separación sigue siendo separación.
Y esa sencillez desmonta todas las construcciones retóricas del poder.
Los adultos suelen pensar que las guerras, las revoluciones y las dictaduras son asuntos de adultos.
La realidad demuestra lo contrario.
Los niños siempre terminan pagando una parte desproporcionada de los costos.
Lo hicieron durante la Guerra Civil Española.
Lo hicieron durante las guerras mundiales.
Lo hicieron durante las dictaduras del Cono Sur.
Lo hicieron durante los conflictos armados de Centroamérica.
Lo hicieron en Colombia durante décadas de violencia.
Lo siguen haciendo en cada lugar donde el poder decide que determinados objetivos justifican el sufrimiento humano.
Por eso resulta especialmente pertinente que esta novela pueda ser propuesta en una asignatura que esté relacionada con la legislación de menores.
Porque obliga a replantear una pregunta fundamental.
¿Quién protege realmente los derechos de los niños cuando el propio Estado se convierte en una fuente de vulneración?
La respuesta es inquietante.
Muchas veces nadie.
Cuando las instituciones se subordinan al miedo.
Cuando los tribunales pierden independencia.
Cuando las libertades se restringen.
Cuando la sociedad guarda silencio.

Los niños quedan expuestos.
Y precisamente por eso la defensa de la democracia no puede entenderse únicamente como una cuestión política.
También es una cuestión profundamente humana.
También es una cuestión familiar.
También es una cuestión de infancia.
Cada derecho perdido por un adulto termina afectando a un niño.
Cada encarcelamiento arbitrario produce una ausencia.
Cada exilio produce una ruptura.
Cada acto de represión deja cicatrices que se transmiten de generación en generación.
La novela de Benedetti lo comprende perfectamente.
Por eso Beatriz ocupa un lugar central.
Porque representa aquello que los sistemas autoritarios jamás pueden reparar completamente.
El tiempo perdido.
La infancia robada.
La inocencia fracturada.
La imposibilidad de recuperar los abrazos que nunca ocurrieron.
Y quizá esa sea una de las enseñanzas más profundas de toda la obra.
Las dictaduras pueden terminar.
Los gobiernos pueden caer.
Los presos pueden recuperar la libertad.
Los exiliados pueden regresar.
Pero hay pérdidas que nunca se recuperan completamente.
La infancia es una de ellas.

EL EXILIO COMO MUTILACIÓN DEL ALMA

De todas las tragedias políticas que aparecen en la novela, ninguna resulta tan persistente como el exilio.
La cárcel termina algún día.
Los gobiernos caen.
Las dictaduras desaparecen.

Pero el exilio deja marcas que suelen acompañar a las personas durante toda la vida.
El exiliado vive físicamente en un lugar y emocionalmente en otro.
Su cuerpo habita el presente.
Su memoria permanece en el pasado.
Su corazón oscila constantemente entre dos geografías.
Ninguna termina siendo completamente suya.
Edward Said describió el exilio como una de las experiencias más dolorosas de la modernidad.
No porque implique únicamente una separación territorial.
Sino porque rompe la continuidad de la identidad.
La persona deja de pertenecer al lugar donde nació.
Pero tampoco logra pertenecer completamente al lugar donde llega.
Vive suspendida.
Entre dos mundos.
Entre dos memorias.
Entre dos tiempos.
Beatriz expresa esa condición con una claridad que ningún tratado filosófico podría alcanzar.
Cuando sueña con Uruguay, está defendiendo una patria que apenas recuerda.
Está reconstruyendo una identidad a partir de fragmentos.
Está resistiéndose a la desaparición simbólica.
Y esa resistencia resulta profundamente conmovedora.

Porque demuestra que la patria no es simplemente un territorio delimitado por fronteras.
La patria también es afecto.
La patria también es lenguaje.
La patria también es memoria.
La patria también es la voz de quienes amamos.

Por eso el exilio constituye una forma de mutilación emocional.
No destruye el cuerpo.
Pero hiere profundamente la identidad.
El exiliado descubre que puede sobrevivir lejos de su país.
Lo que nunca descubre es cómo dejar de extrañarlo.
Y quizá esa sea la gran tragedia que Benedetti intenta mostrarnos.
La pérdida de la patria no se mide en kilómetros.
Se mide en ausencias.
Se mide en recuerdos.
Se mide en preguntas sin respuesta.
Se mide en la distancia que separa a una niña de su padre.
Y ninguna frontera del mundo puede calcular esa distancia.

PARTE II

LA CÁRCEL MÁS ALLÁ DE LOS MUROS

Las cárceles tienen muros.
Las prisiones tienen rejas.
Las celdas tienen candados.
Pero las verdaderas cárceles políticas nunca terminan donde termina el concreto.
Su alcance es mucho mayor.
Se extienden hacia las calles.
Hacia los hogares.
Hacia las escuelas.
Hacia los lugares de trabajo.
Hacia los sueños.
Y, finalmente, hacia la conciencia misma de los ciudadanos.
En *Primavera con una esquina rota*, Santiago aparece físicamente encerrado. Es el preso político, el hombre que soporta el castigo visible del régimen. Sin embargo, una lectura más profunda revela que la prisión de Santiago es apenas la manifestación más

evidente de una red mucho más amplia de cautiverios.
Porque mientras él permanece entre rejas, Graciela vive encarcelada por la incertidumbre.
Beatriz vive encarcelada por la ausencia.
Don Rafael vive encarcelado por la impotencia.
Rolando vive encarcelado por los conflictos morales que la situación le impone.
Todos son prisioneros.
Todos.
Aunque solo uno de ellos se encuentre oficialmente en una cárcel.
La gran intuición de Mario Benedetti consiste en comprender que el autoritarismo no busca únicamente castigar cuerpos.
Busca colonizar emociones.
Busca disciplinar conductas.
Busca transformar el miedo en una forma cotidiana de existencia.
Décadas después de publicada la novela, las reflexiones de Michel Foucault permiten comprender mejor este fenómeno.
Foucault observó que las sociedades modernas desarrollaron formas de poder mucho más sofisticadas que la simple violencia física.
El objetivo ya no era únicamente castigar.
Era vigilar.
Controlar.
Normalizar.
Hacer que las personas terminaran comportándose como el poder esperaba incluso cuando nadie las estuviera observando.
La cárcel moderna se convirtió así en una metáfora de la sociedad misma.
Un lugar donde la vigilancia podía ser permanente, aunque invisible.
Las dictaduras latinoamericanas comprendieron perfectamente este principio.
No necesitaban encarcelar a millones de personas.
Bastaba con encarcelar a unos pocos.
Los demás aprenderían la lección.

El miedo haría el resto.
La prisión política se transformaba así en un mensaje colectivo.
Cada detenido era una advertencia.
Cada desaparición era un recordatorio.
Cada acto de represión enviaba una señal a toda la sociedad.
«Esto podría ocurrirte a ti».
Y pocas herramientas resultan tan eficaces para controlar una población como el miedo.
Porque el miedo no necesita policías permanentes.
No necesita soldados en cada esquina.
No necesita censores revisando cada conversación.
Cuando el miedo se instala profundamente en la mente humana, las personas comienzan a autocensurarse.
Empiezan a vigilarse a sí mismas.
Empiezan a limitar sus propios pensamientos.
Empiezan a callar incluso cuando ya no hay nadie obligándolas a hacerlo.
Allí aparece la victoria más peligrosa del autoritarismo.
No cuando logra controlar las calles.
Sino cuando logra controlar la imaginación.
La novela de Benedetti está llena de este tipo de silencios.
Los personajes hablan.
Pero también callan.
Y muchas veces aquello que no dicen resulta más revelador que aquello que expresan.
Porque el miedo ha penetrado profundamente en sus vidas.
Se ha convertido en parte de la atmósfera.
Como una niebla permanente.
Como una sombra que acompaña cada decisión.
Las dictaduras producen precisamente eso.
Una cultura de la sospecha.
Una cultura del temor.
Una cultura donde la confianza comienza a desaparecer.

Y cuando desaparece la confianza, comienza a resquebrajarse el tejido mismo de la sociedad.
Las personas dejan de confiar en las instituciones.
Dejan de confiar en sus vecinos.
Dejan de confiar en sus amigos.
A veces incluso dejan de confiar en sus familiares.
El resultado es devastador.
Porque ninguna comunidad puede sobrevivir indefinidamente sin confianza.
La confianza es el cemento invisible de toda convivencia humana.
Cuando se destruye, las sociedades comienzan a fragmentarse.
La prisión entonces deja de ser un edificio.
Se convierte en una condición social.
Y esa es precisamente la cárcel que Benedetti retrata con extraordinaria lucidez.
Una cárcel sin límites geográficos.
Una cárcel capaz de extenderse mucho más allá de los muros.

LA FAMILIA ROTA: LA PRIMERA VÍCTIMA DEL PODER

Los gobiernos cambian.
Las constituciones se reforman.
Los partidos políticos nacen y desaparecen.
Las ideologías evolucionan.
Pero existe una institución mucho más antigua que cualquier Estado.
La familia.
Y quizás por eso las dictaduras terminan afectándola de manera tan profunda.
Porque cuando el poder invade la vida privada, la familia se convierte inevitablemente en uno de los primeros territorios de conflicto.
En *Primavera con una esquina rota*, la historia política es inseparable de la historia familiar.
Santiago no es únicamente un preso político.
Es un esposo.

Es un hijo.
Es un padre.
Y cada una de esas dimensiones resulta alterada por la represión.
La prisión modifica la forma de amar.
Modifica la forma de esperar.
Modifica la forma de recordar.
Modifica incluso la forma de imaginar el futuro.
La familia queda suspendida en una especie de tiempo incompleto.
Nada termina de avanzar.
Nada termina de resolverse.
Todos esperan.
Esperan noticias.
Esperan cartas.
Esperan visitas.
Esperan liberaciones.
Esperan regresos.
Esperan explicaciones.
Esperan milagros.
La espera se convierte en una forma de existencia.
Y pocas experiencias resultan tan agotadoras para el ser humano como vivir permanentemente en la incertidumbre.
La literatura latinoamericana ha explorado con frecuencia este fenómeno.
Las madres que buscan a sus hijos desaparecidos.
Los hijos que esperan a sus padres encarcelados.
Los esposos que esperan el regreso de quienes fueron obligados a partir.
La espera aparece una y otra vez como una de las grandes tragedias humanas producidas por la violencia política.
Porque la incertidumbre impide elaborar el duelo.
No existe una pérdida definitiva.
Pero tampoco existe una presencia real.
Las personas quedan atrapadas entre la esperanza y la desesperación.
Entre la memoria y la ausencia.
Entre el pasado y un futuro que nunca termina de llegar.

En este contexto aparece una de las dimensiones más complejas de la novela.
El amor.
Benedetti comprende que incluso en circunstancias extremas los seres humanos continúan siendo humanos.
Continúan sintiendo.
Continúan deseando.
Continúan buscando afecto.
Y precisamente por eso la historia evita las simplificaciones morales.
No existen héroes perfectos.
No existen víctimas puras.
No existen villanos absolutos.
Existen personas.
Personas tratando de sobrevivir.
Personas intentando reconstruir algo parecido a una vida normal en medio del desastre.
Esta mirada profundamente humana distingue a Benedetti de muchos relatos políticos.
Su interés principal no es demostrar una tesis ideológica.
Su interés principal es comprender cómo la historia atraviesa los corazones.
Cómo los grandes acontecimientos terminan alterando los pequeños gestos cotidianos.
Cómo las decisiones tomadas en los palacios gubernamentales terminan modificando conversaciones familiares.
Cómo la política termina entrando a la mesa del comedor.
Al dormitorio.
A los recuerdos.
A los afectos.
La familia se convierte así en un espejo donde puede observarse el verdadero impacto de la represión.
Porque las estadísticas pueden mostrar cuántos presos hubo.
Cuántos exiliados.
Cuántos desaparecidos.
Pero únicamente las historias familiares permiten comprender qué significaron realmente esas cifras.

Cada número era una persona.
Cada persona pertenecía a una familia.
Y cada familia llevaba consigo un universo entero de afectos.
La dictadura no destruye solamente individuos.
Destruye universos.

EL SILENCIO COMO ARMA POLÍTICA

Existe una frase atribuida a diversos pensadores que afirma que las tiranías no se sostienen únicamente por la fuerza de quienes mandan, sino también por el silencio de quienes observan.
Tal afirmación puede parecer injusta.
Después de todo, el miedo es real.
La represión es real.
Las amenazas son reales.
Y sin embargo encierra una verdad inquietante.
Todo sistema autoritario necesita construir una cultura del silencio.
Sin silencio no existe impunidad.
Sin silencio no existe miedo duradero.
Sin silencio no existe obediencia estable.
El silencio es el oxígeno de la arbitrariedad.
La novela de Benedetti está atravesada por silencios.
Silencios entre padres e hijos.
Silencios entre amigos.
Silencios entre amantes.
Silencios entre generaciones.
Silencios impuestos por la distancia.
Silencios impuestos por la censura.
Silencios impuestos por el temor.
Pero también silencios impuestos por el dolor.
Porque algunas experiencias resultan tan traumáticas que las palabras parecen insuficientes para describirlas.
Aquí resulta inevitable recordar las reflexiones de Hannah Arendt.

Tras analizar los totalitarismos europeos del siglo XX, Arendt llegó a una conclusión profundamente perturbadora.
Los mayores crímenes de la historia no siempre fueron cometidos por monstruos excepcionales.
Muchas veces fueron cometidos por personas ordinarias.
Personas que dejaron de cuestionar.
Personas que dejaron de pensar críticamente.
Personas que aceptaron obedecer.
Personas que aprendieron a convivir con lo intolerable.
Arendt llamó a este fenómeno la «banalidad del mal».
No porque el mal fuera trivial.
Sino porque podía convertirse en rutina.
En costumbre.
En normalidad.
Y esa normalización constituye uno de los mayores peligros para cualquier sociedad.
Porque las grandes tragedias rara vez comienzan con atrocidades gigantescas.
Comienzan con pequeñas concesiones.
Con pequeñas renunciaciones.
Con pequeños silencios.
Primero se acepta una injusticia menor.
Después otra.
Y otra.
Hasta que aquello que habría resultado impensable años atrás termina pareciendo normal.
Algo semejante advirtió George Orwell.
En 1984, la manipulación de la verdad constituye una herramienta fundamental del poder.
No basta con controlar el presente.
Es necesario controlar también el lenguaje.
Porque quien controla las palabras termina influyendo sobre la manera en que las personas interpretan la realidad.
Las dictaduras latinoamericanas comprendieron perfectamente esta lógica.
Por eso perseguían periodistas.
Por eso censuraban libros.
Por eso vigilaban universidades.

Por eso temían a los escritores.
Porque sabían que las palabras tienen memoria.
Y la memoria siempre representa un peligro para quienes desean imponer el olvido.
Mario Benedetti fue uno de esos escritores peligrosos.
No porque empuñara armas.
No porque dirigiera ejércitos.
Sino porque se negó a olvidar.
Porque se negó a guardar silencio.
Porque comprendió que escribir constituye una forma de resistencia.
Cada página de *Primavera con una esquina rota* representa un acto de memoria.
Y cada acto de memoria representa una derrota para el olvido.
Quizás por eso la novela continúa siendo relevante décadas después de haber sido escrita.
Porque los contextos cambian.
Los gobiernos cambian.
Las generaciones cambian.
Pero la necesidad de recordar permanece.
Recordar no para alimentar resentimientos.
Recordar para comprender.
Recordar para aprender.
Recordar para impedir que la historia vuelva a convertirse en tragedia.
Y en ese sentido, Benedetti nos deja una lección extraordinariamente actual.
La libertad no desaparece de un día para otro.
Se erosiona lentamente.
A través del miedo.
A través de la indiferencia.
A través del silencio.
Y precisamente por eso la memoria sigue siendo una de las formas más poderosas de resistencia humana.

PARTE III

AMÉRICA LATINA Y LA REPETICIÓN DE SUS FANTASMAS

Existe una frase atribuida a distintos pensadores que reaparece cada vez que la historia parece girar sobre sí misma: los pueblos que olvidan su pasado están condenados a repetirlo.
La frase se ha convertido en un lugar común. Sin embargo, pocas veces se reflexiona seriamente sobre su significado.
Recordar no es únicamente acumular fechas. Recordar no consiste solamente en conservar archivos o construir monumentos.
Recordar significa comprender.
Comprender por qué ocurrieron determinadas tragedias.
Comprender cómo fue posible que sociedades enteras aceptaran formas extremas de violencia.
Comprender de qué manera el miedo logró imponerse sobre la libertad.
Comprender por qué millones de personas terminaron atrapadas en sistemas políticos que prometían redención y terminaron produciendo sufrimiento.
Mario Benedetti escribió *Primavera con una esquina rota* desde esa necesidad de comprensión.
Aunque la novela está situada en el contexto específico de la dictadura uruguaya, su alcance rebasa ampliamente las fronteras nacionales.
Porque la historia del Uruguay no fue una excepción.
Fue parte de una tragedia continental.
Durante buena parte del siglo XX, América Latina se convirtió en escenario de conflictos políticos que alteraron profundamente la vida de millones de personas.
La región conoció golpes de Estado.
Conoció juntas militares.
Conoció persecuciones ideológicas.
Conoció desapariciones forzadas.
Conoció cárceles clandestinas.
Conoció exilios masivos.
Conoció censuras.
Conoció silencios.
Conoció cementerios sin nombres.

Pero también conoció resistencia.
Conoció solidaridad.
Conoció memoria.
Conoció la obstinada voluntad de sobrevivir.
Uruguay, Argentina, Chile, Paraguay, Brasil, Bolivia y numerosas naciones latinoamericanas atravesaron períodos en los que las libertades fundamentales fueron severamente restringidas.
Cada país tuvo sus particularidades.
Cada proceso histórico tuvo características propias.
Sin embargo, todos compartieron ciertos elementos comunes.
La concentración del poder.
La demonización del adversario.
La militarización de la política.
La subordinación de las instituciones.
La construcción del miedo como mecanismo de gobierno.
La historia latinoamericana demuestra que el autoritarismo no surge de la nada.
No aparece espontáneamente.
No cae del cielo.
Se construye gradualmente.
Comienza cuando determinadas personas empiezan a considerar que las instituciones son un obstáculo.
Continúa cuando la crítica se percibe como traición.
Avanza cuando el disenso se interpreta como una amenaza.
Y termina consolidándose cuando una parte de la sociedad acepta que algunos derechos pueden sacrificarse en nombre de objetivos supuestamente superiores.
En este sentido, la novela de Benedetti funciona como una advertencia permanente.
No porque describa exactamente el presente.
Sino porque nos obliga a reconocer patrones.
Nos enseña que ninguna democracia es inmune.
Ninguna.
Ni las más antiguas.
Ni las más estables.
Ni las más admiradas.

Las instituciones democráticas son construcciones humanas.
Y precisamente por ello son frágiles.
Requieren vigilancia constante.
Requieren participación ciudadana.
Requieren memoria.
Requieren una cultura política que valore el pluralismo por encima de la obediencia.
Cuando esos elementos comienzan a deteriorarse, aparecen los riesgos.
No necesariamente de manera espectacular.
No necesariamente mediante golpes militares.
Muchas veces el deterioro ocurre lentamente.
De forma casi imperceptible.
Como una grieta diminuta que atraviesa una pared aparentemente sólida.
Al principio nadie la nota.
Luego algunos la observan, pero la consideran insignificante.
Más tarde comienza a extenderse.
Y finalmente la estructura entera se debilita.
Las democracias también poseen grietas.
Y una de las funciones más importantes de la memoria histórica consiste precisamente en ayudarnos a identificarlas antes de que sea demasiado tarde.
Por eso Benedetti sigue siendo relevante.
Porque su novela no habla únicamente del pasado.
Habla también de las responsabilidades del presente.

LA MEMORIA COMO TERRITORIO DE RESISTENCIA

Los regímenes autoritarios suelen compartir una obsesión.
La memoria.
No les basta con controlar el presente.
Intentan controlar también el pasado.
Comprenden que quien domina la interpretación de la historia adquiere una enorme capacidad para influir sobre el futuro.

Por ello las dictaduras modifican libros de texto.

Manipulan narrativas oficiales.

Persiguen intelectuales.

Censuran periodistas.

Controlan archivos.

Reescriben acontecimientos.

Intentan transformar el recuerdo en una herramienta de legitimación.

La memoria se convierte entonces en un territorio en disputa.

No es casual que tantos escritores latinoamericanos hayan dedicado gran parte de su obra a rescatar aquello que el poder intentó borrar.

Entre ellos sobresale la figura de Eduardo Galeano.

Galeano comprendió que América Latina era una región marcada por múltiples formas de desmemoria.

Desmemoria colonial.

Desmemoria social.

Desmemoria política.

Desmemoria cultural.

Frente a ello, propuso una literatura capaz de devolver la voz a quienes habían sido excluidos de los relatos oficiales.

Benedetti comparte esa misma preocupación.

Sus personajes existen precisamente para impedir el olvido.

Cada carta.

Cada recuerdo.

Cada conversación.

Cada ausencia.

Constituye una forma de resistencia contra la desaparición simbólica.

Porque las víctimas no desaparecen únicamente cuando son encarceladas o expulsadas.

También desaparecen cuando dejan de ser recordadas.

Por eso recordar se convierte en un acto ético.

Recordar significa reconocer la humanidad de quienes sufrieron.

Significa negarse a aceptar que su experiencia sea reducida a una nota al pie de página.

Significa afirmar que sus vidas importaron.

Que sus historias importan.

Que sus preguntas siguen teniendo valor.

En el caso de Beatriz, la memoria adquiere una dimensión aún más profunda.

Ella intenta recordar un país que apenas conoció.

Reconstruye una patria a partir de relatos.

A partir de fotografías.

A partir de conversaciones familiares.

A partir de sueños.

Su memoria es fragmentaria.

Incompleta.

Pero precisamente por eso resulta tan poderosa.

Porque demuestra que la identidad puede sobrevivir incluso cuando las circunstancias intentan destruirla.

La memoria no elimina el dolor.

Pero impide que el dolor sea inútil.

EL ETERNO RETORNO DEL CAUDILLO

Pocas figuras han ejercido una fascinación tan persistente en América Latina como la del caudillo.

Desde el siglo XIX hasta nuestros días, la región ha producido innumerables líderes que se presentaron como salvadores nacionales.

Hombres providenciales.

Redentores.

Mesías políticos.

Constructores de una nueva era.

La figura del caudillo responde a una necesidad humana comprensible.

Las sociedades enfrentan problemas complejos.

Crisis económicas.

Conflictos sociales.

Corrupción.

Violencia.

Desigualdad.

Frente a tales desafíos resulta tentador creer que una sola persona puede ofrecer soluciones rápidas y definitivas.

El problema aparece cuando esa esperanza se transforma en dependencia.

Porque ninguna democracia saludable debería depender de individuos excepcionales.

Las democracias están diseñadas precisamente para funcionar incluso cuando quienes ejercen el poder son imperfectos.

De hecho, toda arquitectura institucional moderna parte de una premisa fundamental.

Los seres humanos somos falibles.

Somos susceptibles al error.

Somos vulnerables a la ambición.

Somos capaces de abusar del poder.

Por ello existen tribunales independientes.

Por ello existen parlamentos.

Por ello existen medios de comunicación libres.

Por ello existen organismos de control.

Por ello existen límites constitucionales.

Las instituciones no fueron creadas porque desconfiemos exclusivamente de los malos gobernantes.

Fueron creadas porque comprendemos que incluso los buenos gobernantes pueden equivocarse.

Y porque sabemos que el poder sin límites suele terminar corrompiendo.

Esta idea aparece con extraordinaria claridad en la reflexión política moderna.

Desde Montesquieu hasta los constitucionalistas contemporáneos, la separación de poderes ha sido entendida como una garantía contra la concentración excesiva de autoridad.

No porque impida todos los abusos.

Sino porque dificulta su consolidación.

Sin embargo, los caudillos suelen presentarse como alternativas a esas limitaciones.

Prometen eficacia.

Prometen rapidez.

Prometen orden.

Prometen grandeza.

Prometen resolver aquello que las instituciones parecen incapaces de solucionar.

Y en ocasiones logran resultados iniciales que refuerzan su popularidad.

Pero existe una pregunta fundamental que toda sociedad debería formularse.

¿Qué ocurre cuando el líder se equivoca?

¿Qué ocurre cuando el gobernante excepcional deja de ser excepcional?

¿Qué ocurre cuando quien concentra poder comienza a utilizarlo para beneficio propio?

La historia latinoamericana ofrece numerosas respuestas.

Y muchas de ellas son dolorosas.

Por eso Benedetti resulta tan importante.

Porque nos recuerda que los verdaderos protagonistas de la historia no son los líderes.

Son las personas comunes.

Los ciudadanos.

Las familias.

Los trabajadores.

Los estudiantes.

Los niños.

Los exiliados.

Los presos.

Los abuelos.

Las madres.

Los padres.

La democracia existe precisamente para proteger a esas personas.

No para glorificar gobernantes.

LA SEDUCCIÓN DEL HOMBRE FUERTE

Existe una paradoja recurrente en la historia política.

Las sociedades suelen valorar la libertad.

Pero también valoran la seguridad.

Valoran la autonomía.

Pero también valoran la estabilidad.

Valoran el pluralismo.

Pero también desean orden.

En momentos de incertidumbre, estas aspiraciones pueden entrar en tensión. Cuando las crisis se profundizan, aparecen líderes que ofrecen respuestas simples a problemas complejos. Prometen eliminar obstáculos. Prometen actuar sin restricciones. Prometen gobernar sin demoras. Prometen resultados inmediatos. Y precisamente allí reside uno de los riesgos más persistentes de toda democracia. La tentación de sacrificar controles institucionales en nombre de la eficacia. La tentación de considerar que los procedimientos democráticos son demasiado lentos. La tentación de creer que las garantías constitucionales representan obstáculos innecesarios. La tentación de aceptar menos libertad a cambio de una promesa de mayor orden. La experiencia histórica demuestra que ese intercambio suele resultar engañoso. Porque las libertades que se entregan temporalmente rara vez se recuperan fácilmente. Y porque los poderes excepcionales tienden a perpetuarse. Por eso las sociedades democráticas necesitan ciudadanos capaces de desconfiar incluso de aquellos líderes que admiran. Necesitan ciudadanos que comprendan que los límites institucionales no son obstáculos. Son protecciones. Protecciones contra los abusos. Protecciones contra los errores. Protecciones contra las pasiones momentáneas. Protecciones contra la arbitrariedad. En última instancia, la verdadera fortaleza de una democracia no se mide por la popularidad de sus gobernantes. Se mide por la solidez de sus instituciones. Y también por la capacidad de sus ciudadanos para defenderlas.

HACIA UNA PEDAGOGÍA DE LA MEMORIA

Quizá la enseñanza más profunda de *Primavera con una esquina rota* no sea política. Quizá sea moral. La novela nos invita a mirar el mundo desde la perspectiva de quienes normalmente permanecen en los márgenes de la historia. Nos obliga a observar el sufrimiento de los niños. La angustia de las familias. La soledad de los exiliados. La incertidumbre de los presos. Nos recuerda que detrás de cada conflicto político existen seres humanos concretos. Seres humanos que aman. Que sufren. Que esperan. Que recuerdan. Que sueñan. Y precisamente por ello la memoria constituye una responsabilidad colectiva. No se trata de vivir anclados al pasado. Se trata de aprender de él. No se trata de perpetuar divisiones. Se trata de comprender sus consecuencias. No se trata de alimentar resentimientos. Se trata de defender la dignidad humana. Porque cuando una sociedad deja de recordar, corre el riesgo de perder también la capacidad de reconocer las señales de peligro. Y cuando pierde esa capacidad, la historia comienza nuevamente a caminar en círculos. Benedetti escribió para impedir que eso ocurriera. Por eso su novela sigue viva. Por eso continúa interpelándonos. Por eso la primavera que imaginó sigue conservando una esquina rota. Porque las heridas de la libertad nunca desaparecen completamente. Y porque cada generación tiene la responsabilidad de impedir que esa grieta vuelva a transformarse en abismo.

PARTE IV

¿QUÉ NOS ENSEÑA BENEDETTI HOY?

Al terminar la lectura de *Primavera con una esquina rota*, el lector experimenta una sensación difícil de describir.

No es únicamente tristeza.

No es únicamente indignación.

No es únicamente compasión.

Es algo más complejo.

Es la sensación de haber contemplado una herida que, aunque pertenece al pasado, continúa sangrando en algún lugar del presente.

Las grandes obras literarias poseen precisamente esa capacidad.

Trascienden el contexto histórico que les dio origen.

Abandonan las circunstancias concretas de su nacimiento.

Se convierten en espejos.

Y los espejos tienen una característica incómoda.

No muestran solamente lo que fuimos.

También muestran lo que somos.

Y, a veces, aquello en lo que podríamos convertirnos.

Por eso la novela de Mario Benedetti continúa siendo extraordinariamente actual.

No porque América Latina viva exactamente las mismas circunstancias de los años setenta.

No porque las dictaduras militares hayan regresado con las mismas formas.

No porque los contextos históricos sean idénticos.

La novela sigue vigente porque las preguntas fundamentales que plantea continúan abiertas.

¿Qué sucede cuando el miedo ocupa el lugar de la confianza?

¿Qué sucede cuando el poder comienza a considerarse más importante que la dignidad humana?

¿Qué sucede cuando la política deja de ser una herramienta para la convivencia y se transforma en un mecanismo de exclusión?

¿Qué sucede cuando los ciudadanos olvidan las lecciones de su propia historia?

Estas preguntas no pertenecen exclusivamente al Uruguay de Benedetti.

Pertenecen a toda sociedad.

Pertenecen a toda época.

Pertenecen a toda generación.

Y precisamente por eso la novela puede leerse hoy como una reflexión sobre la condición humana.

Porque más allá de los acontecimientos políticos específicos, lo que Benedetti examina es la relación entre el individuo y el poder.

Una relación tan antigua como la propia civilización.

Desde los imperios de la Antigüedad hasta los Estados modernos, el ser humano ha debido enfrentar constantemente una misma pregunta:

¿Cómo preservar la libertad frente a quienes desean concentrar el poder?

No existe una respuesta definitiva.

Pero la historia ofrece algunas pistas.

Y una de ellas aparece claramente en la novela.

La libertad nunca desaparece de golpe.

Nunca.

No suele extinguirse en una sola noche.

No desaparece mediante un acto mágico.

Se erosiona lentamente.

Paso a paso.

Silencio tras silencio.

Concesión tras concesión.

Indiferencia tras indiferencia.

La filósofa Hannah Arendt observó que los sistemas totalitarios no surgen únicamente por la ambición de quienes buscan dominar.

También surgen cuando amplios sectores de la sociedad renuncian a participar activamente en la vida pública.

Cuando dejan de preguntar.

Cuando dejan de cuestionar.

Cuando dejan de pensar críticamente.
La democracia exige algo más difícil que la obediencia.
Exige ciudadanía.
Y la ciudadanía requiere memoria.
Porque una sociedad sin memoria es una sociedad vulnerable.
Una sociedad incapaz de reconocer las señales de peligro.
Una sociedad incapaz de distinguir entre la autoridad legítima y la dominación arbitraria.
Una sociedad incapaz de defender aquello que ha heredado.
Por eso Benedetti escribe.
Por eso recuerda.
Por eso insiste.
Porque sabe que la memoria constituye una forma de responsabilidad moral.
Recordar significa asumir que el sufrimiento de quienes nos precedieron tiene algo que enseñarnos.
Recordar significa comprender que la libertad actual fue conquistada mediante sacrificios concretos.
Recordar significa reconocer que los derechos nunca están garantizados para siempre.
La historia demuestra que pueden perderse.
Y demuestra también que recuperarlos suele resultar mucho más difícil.

CAMUS Y LA REBELIÓN DE LA DIGNIDAD

Existe una profunda afinidad moral entre Mario Benedetti y Albert Camus.
Aunque proceden de contextos distintos, ambos comparten una preocupación fundamental.
La defensa de la dignidad humana.
Camus dedicó buena parte de su obra a reflexionar sobre la rebelión.
No la rebelión entendida como simple violencia.
No la rebelión entendida como destrucción.

Sino la rebelión entendida como afirmación de la dignidad.
Para Camus, el ser humano se rebela cuando se niega a aceptar aquello que considera intolerable.
Cuando afirma que existe un límite que nadie tiene derecho a cruzar.
Cuando defiende su humanidad frente a quienes intentan negarla.
Los personajes de Benedetti encarnan precisamente esa forma de resistencia.
No son héroes épicos.
No conquistan territorios.
No protagonizan grandes victorias militares.
Resisten de otra manera.
Resisten recordando.
Resisten esperando.
Resisten amando.
Resisten negándose a olvidar.
Y quizás esa sea una de las enseñanzas más importantes de toda la novela.
La resistencia no siempre adopta formas espectaculares.
A veces consiste simplemente en preservar la propia humanidad.
En conservar la capacidad de sentir compasión.
En negarse a aceptar la deshumanización del otro.
En seguir creyendo en la posibilidad de un futuro mejor.
Incluso cuando las circunstancias parecen desmentirlo.

GALEANO Y LOS ESPEJOS DE LA MEMORIA

Si Benedetti nos habla desde la intimidad de las familias, Eduardo Galeano nos habla desde la memoria colectiva de América Latina.
Ambos escritores comparten una preocupación esencial.
La necesidad de recordar.



Eduardo Galeano y Fabio A. Marulanda V.
En el Sarah Lawrence College, en Westchester, Nueva York,
cuando fue el lanzamiento del libro de Eduardo Galeano "Patas Arriba".

Galeano escribió alguna vez que la memoria guarda lo que merece ser recordado y olvida aquello que puede ser olvidado.

Sin embargo, los pueblos frecuentemente invierten esa lógica.

Olvidan sus tragedias.

Olvidan sus luchas.

Olvidan sus aprendizajes.

Y terminan repitiendo errores que creían haber superado.

Benedetti combate precisamente esa forma de amnesia.

Su novela funciona como un archivo emocional.

Un lugar donde permanecen conservadas las voces de quienes sufrieron.

Las preguntas de los niños.

Las cartas de los presos.

Las nostalgias de los exiliados.

Los silencios de los abuelos.

Las incertidumbres de los padres.

Todo aquello que la historia oficial suele simplificar o reducir a cifras.

Porque la memoria no pertenece únicamente a los historiadores.

También pertenece a los novelistas.

A los poetas.

A los testigos.

A quienes fueron capaces de transformar el dolor en palabras.

Y gracias a esas palabras, las nuevas generaciones pueden aproximarse a experiencias que jamás vivieron directamente.

Pueden comprender.

Pueden aprender.

Pueden recordar.

FOUCAULT Y LAS NUEVAS FORMAS DEL CONTROL

Las dictaduras descritas por Benedetti utilizaban mecanismos relativamente visibles.

Prisiones.

Censura.

Persecuciones.

Exilios.

Sin embargo, las reflexiones de Michel Foucault permiten comprender que el poder moderno adopta formas mucho más complejas.

El control ya no depende exclusivamente de la fuerza.

También depende de la vigilancia.

De la información.

De la capacidad para moldear comportamientos.

De la influencia sobre la manera en que los individuos perciben la realidad.

Foucault observó que las sociedades modernas desarrollan mecanismos capaces de producir obediencia sin necesidad de recurrir constantemente a la violencia.

Esta observación resulta especialmente relevante para el presente.

Porque nos recuerda que la defensa de la libertad exige una vigilancia permanente.

No solamente frente a los abusos evidentes.

También frente a los abusos sutiles.

Frente a las formas invisibles de control.

Frente a los intentos de limitar la pluralidad.

Frente a cualquier proyecto que pretenda reducir la complejidad humana a una única verdad.

La lección de Benedetti coincide con esta advertencia.

La libertad no puede darse por sentada.

Debe ser protegida.

Cultivada.

Ejercida.

Defendida.
Todos los días.

CONCLUSIÓN

LA ESQUINA ROTA DE NUESTRAS DEMOCRACIAS

Quizá la imagen más poderosa de toda la novela sea precisamente aquella que le da título.

Una primavera.

Pero con una esquina rota.

La metáfora resulta extraordinaria.

La primavera representa el renacimiento.

La esperanza.

La posibilidad de comenzar nuevamente.

La promesa de un futuro distinto.

Sin embargo, esa primavera aparece dañada.

Marcada.

Herida.

Incompleta.

Como si Benedetti quisiera recordarnos que incluso las victorias de la libertad conservan cicatrices.

Y tal vez tenga razón.

Porque ninguna sociedad atraviesa una dictadura sin consecuencias.

Ninguna familia sale intacta del exilio.

Ningún niño recupera completamente la infancia que le fue arrebatada.

Ninguna memoria logra reconstruirse sin fracturas.

Las heridas permanecen.

A veces visibles.

A veces ocultas.

A veces transmitidas de generación en generación.

Y sin embargo la novela no es un canto a la desesperanza.

Todo lo contrario.

Es una defensa obstinada de la esperanza.

Una esperanza crítica.

Consciente.

Madura.

Una esperanza que conoce el sufrimiento humano y aun así se niega a renunciar al futuro.

Porque los personajes de Benedetti continúan amando.

Continúan esperando.

Continúan recordando.

Continúan soñando.

Y en ese gesto aparentemente sencillo reside una profunda lección ética.

La dignidad humana puede ser herida.

Puede ser perseguida.

Puede ser encarcelada.

Puede ser expulsada.

Pero resulta mucho más difícil destruirla por completo.

La historia de América Latina ofrece innumerables ejemplos de esta resistencia.

Madres que buscaron a sus hijos desaparecidos.

Abuelos que conservaron fotografías durante décadas.

Exiliados que nunca dejaron de recordar su tierra.

Escritores que siguieron escribiendo.

Ciudadanos que continuaron creyendo en la libertad.

Todos ellos forman parte de la misma tradición moral que inspira la novela de Benedetti.

La tradición de quienes se niegan a olvidar.

La tradición de quienes comprenden que la memoria constituye una forma de justicia.

La tradición de quienes entienden que la democracia no es únicamente un sistema político.

Es también una cultura.

Una ética.

Una forma de relacionarnos con los demás.

Una manera de reconocer la dignidad del otro incluso cuando pensamos diferente.

Al finalizar *Primavera con una esquina rota*, comprendemos que la verdadera protagonista de la novela no es la dictadura.

Tampoco el exilio.

Ni siquiera la prisión.

La verdadera protagonista es la condición humana.

Esa capacidad extraordinaria que poseen los seres humanos para seguir amando en medio de la ausencia.

Para seguir esperando en medio de la incertidumbre.

Para seguir recordando en medio del olvido.

Para seguir creyendo en la libertad cuando todo parece conspirar contra ella.

Quizá por eso la pregunta de Beatriz continúa resonando mucho después de cerrar el libro.

«¿Cuál es mi patria?»

La respuesta no se encuentra únicamente en un territorio.

Ni en una bandera.

Ni en una frontera.

La respuesta se encuentra en la memoria.

En los afectos.

En la dignidad.

En la libertad.

Y en la responsabilidad que cada generación tiene de protegerlas.

Porque la primavera puede volver.

Las flores pueden regresar.

Los inviernos políticos pueden terminar.

Pero las esquinas rotas de la historia solamente comienzan a repararse cuando los pueblos deciden recordar.

Y recordar, como nos enseñó Mario Benedetti, es una de las formas más profundas de la esperanza.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arendt, H. (1998). *Los orígenes del totalitarismo* (G. Solana, Trad.). Taurus. (Obra original publicada en 1951).
- Arendt, H. (2006). *Eichmann en Jerusalén: Un estudio sobre la banalidad del mal* (C.

Ribalta, Trad.). Debolsillo. (Obra original publicada en 1963).

- Benedetti, M. (1980). *Primavera con una esquina rota*. Editorial Sudamericana.
- Camus, A. (2005). *El hombre rebelde*. Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1951).
- Comisión Interamericana de Derechos Humanos. (1998). *Informe sobre la situación de los derechos humanos en Uruguay*. Organización de los Estados Americanos.
- Convención sobre los Derechos del Niño, 20 de noviembre de 1989, Naciones Unidas, Treaty Series, vol. 1577.
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión* (A. Garzón del Camino, Trad.). Siglo XXI Editores. (Obra original publicada en 1975).
- Foucault, M. (2007). *Seguridad, territorio, población*. Fondo de Cultura Económica.
- Galeano, E. (1998). *Patatas arriba: La escuela del mundo al revés*. Siglo XXI Editores.
- Galeano, E. (2010). *Las venas abiertas de América Latina* (38.^a ed.). Siglo XXI Editores. (Obra original publicada en 1971).
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Prensas Universitarias de Zaragoza. (Obra original publicada en 1950).
- Levi, P. (2005). *Si esto es un hombre*. El Aleph Editores. (Obra original publicada en 1947).
- Naciones Unidas. (1989). *Convención sobre los Derechos del Niño*. Organización de las Naciones Unidas.
- Orwell, G. (2013). *1984*. Debolsillo. (Obra original publicada en 1949).
- Paz, O. (1994). *El laberinto de la soledad*. Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1950).
- Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Fondo de Cultura Económica.
- Said, E. W. (2005). *Reflexiones sobre el exilio y otros ensayos literarios y culturales*. Debate.
- Touraine, A. (2000). *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*. Fondo de Cultura Económica.
- UNICEF. (2006). *Convención sobre los Derechos del Niño*. Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia.
- Vezzetti, H. (2002). *Pasado y presente: Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Siglo XXI Editores.

- Walsh, R. (2007). *Operación masacre*. Ediciones de la Flor. (Obra original publicada en 1957).

*** **Fabio A. Marulanda V.**

- ☆Historiador. Universidad Nacional de Colombia-UNAL.
- ☆Abogado. Universidad Autónoma Latinoamericana-UNAULA.
- ☆Traductor. Universidad de Antioquia-UDEA.
- ☆Maestrando. Derecho Penal Internacional y Transnacional. Universidad de La Rioja-UNIR, España.

